

BIBLIOTECA

Las Grandes Películas

La Novela Semanal Cinematográfica



AMÉRICA

POR
CAROL DEMPSTER
NEIL HAMILTON
LIONEL BARRYMORE
ETC.

50 cts.



BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

II

Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 44234



AMÉRICA

Visión histórica de una gloriosa epopeya,
por ROBERT W. CHAMBERS

Dirección de DAVID W. GRIFFITH

PRINCIPALES INTERPRETES

NEIL HAMILTON

CAROL DEMPSTER y

LIONEL BARRYMORE



EXCLUSIVA DE



RAMBLA CATALUÑA, 62
BARCELONA

AMERICA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

No es esta la historia de la revolución americana; es una rápida visión de los heroicos sacrificios de los hijos de América por la conquista de su independencia, un recuerdo de las vidas inmoladas, aun no hace dos centurias, a un ideal santo, una evocación de la sangre y las lágrimas vertidas por un pueblo de patriotas como precio de su libertad.

Inglaterra, para hacer frente a los gastos de su guerra contra Francia, gravaba sus colonias americanas con nuevos tributos. Estas contribuciones producían en el país un hondo malestar, exaltado hasta la rebelión por las intransigencias de la metrópoli.

Cerca del pueblo de Lexington (Estado de Massachusetts), en el camino que conduce a Boston, alzabase una casita humilde, pobre morada del joven y ya célebre correo, Nathan Holden, que a veces llevaba despachos hasta Virginia, la colonia hermana.

Este muchacho, temperamento romántico y brioso, que era un gran entusiasta de la li-

bertad de su país, soñaba, a veces, en el día inolvidable en que, cabalgando con un mensajero hacia Virginia, el azar le puso en su senda, el milagro de belleza de Miss Nancy Montague.

Y aunque la joven, por su alta posición so-



Miss Nancy Montague... Carol Dempster.

cial, era para él algo tan inasequible como son para los mortales las estrellas del cielo, Nathan evocaba a menudo el recuerdo de aquella graciosa criatura por la que sentía todas las delicias y todos los tormentos de un primer amor. Y era Nancy la señora de sus pen-

samientos, la dueña de su corazón, la mujer que llenaba todos los minutos de su vida.

Esa mujer, adorada por el correo, residía en Williamsburg, capital de Virginia. Los pocos descendientes de la nobleza británica que había en Virginia vivían con fastuosidad principesca, en extensos dominios, de los que acaso el más importante era el de la familia Montague.

El jefe de aquella familia era Henry Montague, descendiente directo del gran inglés Charles Montague, conde de Halifax. Vivía en compañía de sus dos hijos, Nancy, la imagen de los sueños de amor de Nathan Holden, recientemente presentada en la Corte, en Londres, donde imperó como soberana de gracia y de belleza, y Charles, también recién vuelto de Inglaterra con las últimas frivolidades de la moda y el que, no obstante su afectación, su cuidado exquisito en el vestir, era un espadachín peligroso y una de las pistolas más certeras de Virginia.

Muchas noches acostumbraban reunir en su torno las selectas amistades con que contaban en Virginia, todas de ascendencia inglesa y de idéntico rango social. Pero, a veces, únicamente algunas personas de la más íntima amistad se congregaban en la casa del aristocrático magnate. Tal sucedía aquella noche, sin otra compañía que la del coronel George Washington, conversador ameno y leal amigo, recibida siempre con cariñosa solicitud. A pesar de la diversidad de ideas, Montague, enamorado de su Rey y de la metrópoli; Washington, eterno defensor de la libertad; les

unía un afecto indestructible, obligándose a verse con frecuencia.

Mientras Montague y Washington conversaban de cosas severas y profundas, los dos hermanos, unidos desde la infancia en mutua devoción, jugaban con un gatito que las manos de Nancy acariciaban. Charles parecía gozar en este juego frívolo, lo que observado por su padre, hombre severo y convencido de su seriedad aristocrática, le indujo a reprenderle:

—Ya es tiempo, hijo mío, de que pienses en algo serio y trascendental, dejándote de juegos inocentes.

—¡Oh, padre! no le riñáis de este modo—dijo Nancy, defendiéndole como una hermana mayor—. Es muy joven todavía...

—Deberían preocuparle otras cosas...

Charles, con la sonrisa de un niño mimado, continuó jugando con el gatito. Montague resaudó su conversación con su amigo y hablaron de la agitación que se observaba en el país, anunciando el preludio de un estallido de rebelión. Nancy, con la inexperiencia de sus pocos años, preguntó ingenuamente al coronel Washington, haciéndose eco de los rumores que circulaban por doquiera:

—Se murmura por ahí, coronel George, que si ocurriesen disturbios en América, lucharíais contra nuestro Rey, ¿Es esto cierto?

Washington la miró con sus ojos claros en que resplandecía el espíritu del genio, y como conocía los sentimientos realistas de Montague, se limitó a responder:

—Lo único cierto, Nancy, es que mi espada

se alzará siempre contra la injusticia, como contra ella se rebela mi corazón.

Aquella conversación resultaba violenta, porque Washington era amigo del pueblo, frente al poderío realista, y Montague hubiera dado gustosamente la vida por el Rey. Naney, viendo que los dos hombres habían fruncido el ceño, se apresuró a responder con una sonrisa deliciosa:

—Sucedá lo que quiera, en nosotros tendréis siempre unos amigos sinceros, querido coronel.

—Eso lo sabía, Naney... y jamás lo olvidaré.

Así pasó la velada que pronto se deslizó por caminos menos ásperos que los de la política.

Mientras tanto, al otro lado del mar, en la Corte inglesa, las nubes que obscurcían el horizonte político, se espesaban por momentos, como el presagio de una borrasca inminente.

En el Parlamento británico se discutía la necesidad de imponer nuevas contribuciones a las colonias americanas. Sólo una voz se levantó contra ese intento oseroso: fué la de William Pitt, conde de Chatham, gran político y el verbo más vibrante de la Cámara de los Comunes, que abandonó su lecho de enfermo para defender a las colonias lejanas.

—No veo un solo americano en esta sala— decía —. Si no les damos representación aquí, ¿con qué derecho les imponemos tributos? ¡Recordad que América es la hija, no la bastarda de Inglaterra!

Pero los diputados, con su enérgica protesta pretendieron acallar la voz del estadista. La política colonial debía ser implacable, cercenando las libertades de un país que soñaba con la independencia.

Y a pesar de su voz solitaria, surgió la primera ráfaga de hostilidad contra América. El rey George III, irritado por la negativa de las colonias a aceptar el impuesto sobre el té, decretó el cierre del puerto de Boston.

—Obligaremos a los americanos a pagar esos arbitrios— explicaba el Rey—. Si los medios persuasivos fracasan, queda uno de eficacia indudable: ¡las bayonetas!— Y acompañó sus palabras con una sonrisa y un gesto significativo y amenazador.

Estas medidas rigurosas exacerbaban la enemistad de América contra la metrópoli. En la taberna del Dragón Verde, en Boston, se reunía el Comité de Salud Pública, formado por patriotas, dispuestos a luchar contra la violencia británica. Se hallaban al frente de la rebelión dos famosos caudillos populares, John Hancock y Samuel Adams, que inflamaban en amor patrio los corazones de sus dirigidos.

—Se ha cerrado al tráfico el puerto de Boston, la falta de trabajo empujará las gentes a la miseria.

—¡Hay que luchar, levantarnos en armas, morir antes que consentir todo eso!

El decreto había caído sobre ellos como una injuria y convinieron en avisar aquella torpe infracción de la ley, al Estado vecino de Virginia. Reinaba un entusiasmo febril,

inflamado por la llama del ideal. Entre los que laboraban con más ardor se hallaba Nathan Holden que, además de correo, era miliciano y uno de los miembros más entusiastas de los Hijos de la Libertad. Fue encargado de llevar a Virginia la noticia del golpe asestado a la libertad americana. El muchacho, con la gallardía de su juventud y de su patriotismo, corrió a comunicar a los hermanos de la región cercana, que Boston gemía bajo una esclavitud deshonrosa.

...

En Williamsburg iba a celebrarse una asamblea de los representantes de las provincias en la Casa de los Diputados. Montague tomaría parte en el debate. Mientras éste iba a cambiar impresiones con los otros parlamentarios, sus dos hijos ocuparon la tribuna reservada a las familias aristocráticas, desde la que se dominaba perfectamente el salón. Nancy, habiendo descubierto entre los diputados una cara amiga, comunicó a su hermano Charles:

— ¡Oh, allí está el coronel Washington!

Charles miró, a su vez, llevado del respeto y adoración que sentía hacia el amigo de su padre.

Había comenzado la sesión. Discutíanse asuntos de profundo interés. Holden, el correo de Boston, acababa de entrar en la sala, pretendiendo dirigirse a la Presidencia. Un

njer le prohibió severamente el paso. Nadie tenía derecho a penetrar en el recinto de los diputados. Pero era vano el intento de detenerle. Holden estaba decidido a que los representantes americanos supieran la vejación impuesta a la capital de Massachusetts. Y aprovechando un momento de distracción, dirigió-



Fue encargado de llevar a Virginia la noticia del golpe asestado a la libertad americana.

se resueltamente al estrado presidencial, sin que nadie pudiera detenerle. Ante la estupefacción de la concurrencia, hizo entrega del mensaje de los suyos.

— ¡Calla! — se dijo Nancy al ver a Nathan —. ¡Si es el atrevido muchacho de Boston!

Y evocó el encuentro con el joven y los versos que éste le envió después.

Pero se apagaron sus pensamientos ante el tumulto que comenzaba a invadir la Cámara. Holden se había retirado entre la muchedumbre, esperando anhelante la contestación de Virginia. El atentado contra la colonia fraterna, reflejo de un sistema de opresión intolerable, causó hondo malestar entre los miembros de la Asamblea. Para encanizar la protesta popular se alzó el verho elocuente de Washington, apóstol y futuro redentor del país.

— Dispuesto me tenéis—decía—, si es necesario, a equipar a mis expensas a un millar de hombres y a marchar con ellos en auxilio de Boston.

La Cámara aplaudía al orador y el pueblo rugía dejándose guiar por aquel candelillo indomable. Pero la voz de Montague levantóse en defensa de Inglaterra:

—No es razonable vuestra actitud, coronel Washington. Yo también soy virginiano, pero ante todo debo sumisión a mi Rey. Hay que acatar sus decretos, las leyes que dicte la metrópoli.

—¡Basta ya! ¡Fuera! ¡Que se siente! ¡¡¡ Es un toro!!!

Y de todos los lados de la Cámara se alzaron las protestas contra Montague, llamándole conservador como un insulto.

Los dos viejos amigos, frente a frente, defendían sus respectivos ideales. Pero mientras a Washington le seguía el fervor del alma popular, contra Montague levantábase la voz

del pueblo, indignado de que hubiera hombres nacidos en Virginia que aprobaran la violación de la ley.

Nancy y Charles, atemorizados por los apóstrofes contra su padre, decidieron retirarse del local.

—Espérame aquí, hermana—dijo Charles dejando a Nancy entre el público—. Voy a buscar el coche.

Quedó la muchacha, entre aquella multitud que levantaba los puños amenazadores, y sintió por ella un profundo desdén. Holden, temeroso y emocionado por la aparición de aquella soñada mujer, corrió a su encuentro:

—Deseaba encontraros, Miss Montague, para pedir os perdón por los versos que os envié.

Ella le miró, y su imaginación, por un instante, apartóse de los hombres que gritaban, para responder severamente a Nathan:

—Fue un descaro inaudito, señor...

Holden quiso balbucear una disculpa, y Nancy, dulcificando la voz, le respondió:

...pero... tenían cierto agradable sabor, algo que estaba bien...

—Oh, Miss Nancy!... Desfallezco de felicidad. ¿Le habrán podido inspirar algún interés mis pobres versos?

—Un poquito...

Entretanto, la Cámara bullía con la efervescencia de los momentos sublimes. Y Virginia votó el envío de un mensaje de simpatía a Massachusetts, expresando el anhelo de que en adelante no hubiese Massachusetts, no hubiese Virginia... ¡sólo América!

La única voz de protesta era la de Monta-

que, enfurecida por lo que consideraba una traición.

—Yo no escucharé la lectura de ese documento de deslealtad. Yo abandonaré la Cámara porque no quiero seguir al lado de los rebeldes...

Las protestas ahogaban su voz. El murmullo hinchóse como el bramido del mar. Nancy y Holden, que por un momento habían evocado el paisaje de paz de la mañana de primavera en que el azar les juntó, volvieron a la realidad dura y sin entrañas. Nancy, la pequeña *tory*, a falta de ideas propias, pensaba en política con el corazón; para ella, los enemigos de su padre eran también sus enemigos. Y mientras Holden, a la voz del Presidente se separaba de su lado, ella quiso abofetear con sus manos blancas a los hombres del pueblo que clamaban contra el ser más bueno de la tierra: su padre.

Nathan, firme ante el Presidente de la Asamblea, recibía de éste el pliego de contestación para el Comité de Salud Pública de Boston. El muchacho, emocionado por el ambiente de la Cámara, saludó y retiróse rápidamente. Al pasar ante Nancy, su viejo amor, apretó el paso, escondiendo con avidez el pliego de salutación. ¡Ay! ¡Nancy era partidaria del Rey, de la Inglaterra que violaba la libertad!

Nancy lo había olvidado todo, pensando sólo en su padre, injuriado por el desafecto popular. Su hermano Charles, que acababa de buscar el coche, había entrado de nuevo en el salón. La familia Montague iba a abandonar

la Cámara, tan hostil a su monarquismo. La amenaza de un choque sangriento flotaba en el espacio como aleteo de ave agorera...

Montague despidióse de su viejo amigo Washington, adversario leal y honrado que prefería la patria a la amistad.

—¡Adiós, George!... Aunque nos alejamos por distintos senderos, ruego al Cielo que nuestra antigua amistad sólo se rompa con la muerte...

—Así lo espero, Montague—respondió el coronel.

Luego, los hijos del realista, que abandonaban con su padre la tierra de Virginia, despidiéronse también de Washington. El frenesí de la Asamblea parecía contenerse ante el afecto que el ídolo del pueblo, Washington, demostraba por esa familia, partidaria del Rey.

Nancy, cordial, tendió su mano a aquel hombre de corazón de oro.

—¡Nancy querida!—dijo el coronel, emocionado—; adiós...

—Adiós, coronel George...

Sus ojos tenían una sombra de melancolía, lamentando que la política les obligara a separarse. A continuación, fué Charles quien se acercó, elegante y pulcro, a estrechar la mano del caudillo.

—Y tú, Charles, cumple con tu deber, siguiendo el camino que te trace tu conciencia honrada...

Los dos hombres se miraron un momento con profunda atención, y el joven Montague, vencido por la nobleza del coronel, le abrazó

estrechamente, como un símbolo de que su amistad, su afecto, estaban por encima del ideal...

Partieron... Y mientras en la Cámara seguía la discusión contra las brutales exigencias de la metrópoli, la familia Montague abandonaba el salón, porque su dignidad no le permitía permanecer en un sitio donde se injuriaba al Rey.

Algunas horas después, Montague y sus hijos marchaban al Norte, a conferenciar con el general Gage y el gobernador Carleton, del Canadá, sobre la organización de los realistas contra la rebelión amenazante... y a ganar el poderoso elemento indio para la causa británica.

...

Al Norte de Nueva York, hallábase la magnífica posesión de Sir Asley Montague, hermano del Montague de Virginia...

Hombre jovial, Sir Asley Montague solía bromear a veces con su zapatero que era un tipo de lo más curioso del planeta. Alto y flácido, desdentado, movía la boca en muecas desconcertantes. Aquella mañana había ido a despedirse de Sir Asley, porque, al parecer, la región no estaba lo suficiente tranquila... Y al zapatero le daban horror los tiros...

—Los indios—explicaba—, al contrario de ciertos medicamentos, son peores después de agitarse... y ahora se agitan denunciado... Así, yo me largo a otra comarca...

— ¡Vaya usted con Dios, buen hombre!... Y el zapatero emprendió camino hacia otros pueblos donde reinaba la paz...

Muy cerca, en efecto, entre rojos fuegos que daban aspecto fantástico a la escena, celebraba consejo la gran Confederación India.

El capitán Walter Butler, Encargado de Negocios del Rey cerca de los indios, solicitaba la ayuda de éstos contra los americanos en la guerra que se avecinaba.

Sachems, jefe de la tribu de La Casa Larga, ofreció al capitán Butler el apoyo de sus huestes, en protestas de sincera amistad.

Os hago entrega de la banda que os hará reconocer por todos nosotros como jefe y señor...

Butler, colocándose la preciada enseria, contestó:

—Confío en la fidelidad de tus huestes y en vuestra adhesión...

Los jefes de guerra, que representaban a millares de indios armados, prometieron solemnemente guardar fidelidad a la metrópoli, y clavaron sobre el tronco de un árbol, sus fuertes y afiladas hachas, como costumbre tradicional de firme e inquebrantable unión.

Butler, satisfecho del éxito de su gestión, y sabiendo en Boston al general Gage, partió hacia allí, con varios jefes indios que ofrecerían personalmente el concurso de sus salvajes guerreros.

Y en su viaje, lo acompañaron los votos que hizo Sir Asley Montague, realista furibundo, por el éxito de la empresa.

Mientras tanto, los Montague de Virginia

habían llegado al cuartel general del comandante británico Gage. Montague deseaba conferenciar con el bravo militar sobre la efervescencia que se notaba en Virginia.

Y Nathan que, cumplida su misión en Virginia, había vuelto a Lexington, sabedor por



El capitán Walter Butler, encargado de las negocias del Rey, cerca de los indios... Lionel Barrymore.

la Prensa de la proximidad de los Montague, seguía soñando en Nancy, su amor imposible y, sin embargo, su único amor.

El capitán Butler, al llegar a Boston, di-

rigióse con los magnates indios a visitar al general Gage.

Gage, que era un hombre frío y calculador, le recibió en su despacho, rodeado de sus partidarios, entre los que se hallaba Henry Montague.

Butler explicó, con palabra orgullosa, la misión que se le había encomendado.

—Podéis tener la firme convicción de que los indios de las Seis Naciones permanecerán leales a su Rey.

Gage les contempló con ojos inquisidores, y contestó:

—El Rey, vuestro padre de allende el mar, os envía un saludo por mis labios.

Los indios se inclinaron con respeto. El capitán Butler era un exaltado que no toleraba que nadie se rebelara contra Inglaterra.

—Es increíble—dijo—la audacia de vuestros rebeldes de Massachusetts. ¡Huy que exterminarlos!...

—Más despacio, mi querido capitán—respondió Gage con una sonrisa—. Primero hemos de intentar la solución del conflicto por la vía diplomática.

—No... no... contra esa gentuza sólo cabe emplear el patíbulo, las bayonetas, o esto...—dijo señalando las hachas de los jefes indios—. Es la única diplomacia que debemos emplear con los americanos sediciosos.

Pero al notar que el rostro del general se había contraído con una mueca de disgusto, aclaró:

Perdonad este vehemente arrebató. Excelencia... Es hijo de mi celo...

Siguió una larga conferencia tratando de los medios que debían ponerse en práctica para que el conflicto pudiera solucionarse por medios pacíficos.

Aquella misma noche, en una reunión de carácter familiar en casa del general Gage, el capitán Butler vió a Nancy y resolvió sumarla al número de sus conquistas.

Temperamento apasionado, acompañó con su guitarra varias canciones que complacieron a la inocente Nancy. Constantemente estuvo a su lado, acariciándole el oído con vehementes ensueños. Y aprovechó un momento oportuno para pintar a la joven su "naciente y ya loca" pasión.

Estaban cerca de la chimenea, separados de los invitados... Butler, que no perdía el tiempo, declaró a Nancy su gran amor.

—Yo que nunca creí en el amor, al veros he sentido que amaba por primera vez en mi vida...

—¡Oh! qué deprisa vais—contestó riendo la joven—. Si apenas me conocéis...

—En un minuto crece el más grande amor... Os amo, vos seréis la dama de mis pensamientos cuyo nombre me acompañará en las horas de peligro, cuando luche en defensa del Rey...

Ella, reía, dejándose galantear por aquel hombre de ojos brillantes que había jurado morir por la causa de Inglaterra. Le maravilló la audacia del capitán, al ver que éste le quitaba de sus manos un fino pañuelo de encaje, y se lo guardaba en la guerrera...

—Será mi talismán, Nancy...

La fiesta siguió agradable, como si la paz

reinara en el país y no estuviera incubándose una epopeya gloriosa.

A la misma hora, al Comité de Salud Pública de Boston llegaban noticias de una orden de prisión contra los jefes del pueblo. Hancock y Adams, acusados de traidores al Rey.



Temperamento apasionado, acompañó con su guitarra varias canciones que complacieron a la inocente Nancy.

La emoción que reinaba era indescriptible.

—¡Nos llevarán a Inglaterra para jugarlos por nuestro delito de amar a la Patria!

—Ya se niega a los americanos hasta el

ejercicio de la justicia. Es una nueva humillación.

—Levantémonos en armas. ¡Por América!

Hancock y Adams, acompañados por sus partidarios, huyeron a Lexington, donde los milicianos se disponían a protegerlos con sus propias vidas.



Al siguiente día, la familia Montague se había despedido del general Gage, y continuando su rumbo al Canadá, llegaba también a Lexington la funesta noche del 13 de abril de 1775.

La posada Buckman, donde estaban instalados los milicianos, fué la elegida por los Montague para albergue de una noche, ya que pensaban reanudar el viaje al día siguiente... Y es que ellos no imaginaban la inminencia del desastre con que había de imprimir el destino insospechadas orientaciones a sus vidas.

El pueblo bullía en armas. Todos los hombres con sus largos fusiles se aprestaban a defenderse contra el ataque inglés, que pretendía apoderarse de los dos caudillos de la libertad popular y acallar la voz de protesta contra las vejaciones impuestas por los británicos.

La vista de los rebeldes sobre las armas, encolerizó a Montague, exaltando los sentimientos realistas en el fondo de su corazón. ¡Cómo odiaba a aquellos americanos que combatían contra el Rey!... Algunos hombres del

pueblo aprendían una torpe instrucción militar, mientras otros esforzábanse en ensayar el nuevo aire "Yankee Doodle", que luego fué la canción popular norteamericana.

Montague y sus hijos, en la calle, cerca de la posada, contemplaban esa demostración de valor de un pequeño pueblo que se disponía a combatir a las tropas británicas. Nathan Holden, que formaba parte de la milicia, se enteró con íntima satisfacción de que los Montague iban a pasar en Lexington aquella noche.

Y abandonando las filas del pueblo, en un momento de descanso, sin ser visto por el señor Montague que comentaba con gran indignación el movimiento rebelde, acercóse a Nancy, de la que le separaba una valla de piedra, con la emoción de un enamorado.

La chiquilla, a su vez, le miró con ojos tiernos e impregnados de simpatía:

—¡Nancy!... ¡Qué alegría encontraros otra vez!... ¡Vuestro recuerdo me persigue a todas horas!

Pero, Nancy, le respondió, atajando sus palabras de amor:

—¡Si esperáis que yo lea vuestros versos, no debéis luchar contra nuestro Rey!

¡Siempre el ideal por en medio!... ¡Holden amaba a Nancy con toda la impetuosidad de una juventud que desafiaba a la muerte!

—Nancy—le respondió con pasión—. *Tory* o no *tory*, de nuestra causa o de la del Rey, yo os amo... y os amaré mientras tenga un latido de vida mi corazón.

Las trompetas que anunciaban la instrue-

ción, obligaron a Holden a despedirse de su amada, reintegrándose a las filas del pueblo.

Naney sintió una ligera melancolía ante ese hombre simpático... ¡Ay! ¿por qué no era partidario del Rey?...

Los Montague entraron en la posada, ocupando una de las habitaciones superiores...



—¡Naney! ¡Qué alegría encontraros otra vez! ¡Vuestro recuerdo me persigue a todas horas!

Nada había alterado hasta entonces el sosiego de la velada... Encerrados en su cuarto, padre e hijos jugaban tranquilamente a los naipes, gozando del silencio apacible de la noche.

Abajo, en el comedor, reinaba ese movimiento precursor de los grandes acontecimien-

tos. El zapatero de Sir Asley, que había llegado a Lexington creyendo que reinaba allí la tranquilidad, no las tenía todas consigo al ver la efervescencia reinante. Holden, apoyados los codos sobre una mesa, meditaba tristemente, y en su corazón reinaba esta palabra: Naney.



Padre e hijos jugaban tranquilamente a los naipes...

El descontentado zapatero le dijo:

—¿Por qué estás triste, muchacho? ¿Pensáis acaso en alguna mujer?... Eso es también lo que a mí me desquicia, las mujeres.

Y acariciaba su horrible barbilla, con el aire de un conquistador... Holden, a pesar de su tristeza, no pudo menos de sonreírse.

Aquella misma noche, en Boston, a la referencia sobre el decreto de prisión de Hancock y Adams, jefes de la esperada insurrección, venía a añadirse el aviso de que las tropas británicas intentaban apoderarse de las armas y municiones que tenían en Concord, cerca de Lexington, los rebeldes. Reunido el Comité de Salud Pública, había ordenado que el correo, Paul Revere, vigilara la llegada de los ingleses para que comunicara la noticia a todas las poblaciones del Estado.

Lo último que pierde el corazón amante es la esperanza, y en Lexington, Nathan, herido de amor, esperaba todavía...

Los Montague, terminada la última partida de juego, dispusieron a reposar y adquirir fuerzas para la jornada del día siguiente.

El joven Holden rondaba ante la posada, sintiendo el deseo de ver por última vez a la mujer que le había hechizado. ¡Acaso luego le esperara la muerte!... Nancy se asomó a la ventana de su cuarto para cerrar los postigos. Holden, al ver a su dulce enamorada, intentó llegar hasta ella, encaramándose por el muro. La muchacha, asustada por la sorpresa, le vio acercarse, temblando de emoción...

—¡Marchaos!... puede veros mi padre...

—Concededme siquiera un momento, dejadme deciros una sola palabra de despedida...

—¡Oh!... callad... por Dios...

—De tal modo vivirá en mí vuestro recuerdo, que sólo podrá arrancármelo la muerte...

—Os ruego que os retiréis... por favor...

¡Ay! una simpatía especial le unía a este hombre, enemigo de los suyos...

Pero Sir Montague, a su vez, se había asomado a un balcón y su rostro palideció al ver a un hombre en la ventana de su hija... Y sin sospechar que su hija hablaba con Nathan, sólo vió en la actitud de éste, un torpe intento de manejar pudores virginales. Corrió hacia la calle a castigar al vil osado.

Nancy dió un grito... y Holden descendió, dispuesto a dar explicaciones al señor Montague, con la tranquilidad de una conciencia honrada:

—¡Sois un vil seductor—rugió el padre—y he de castigaros por mi propia mano!

—Os engañáis, señor... Yo os juro que no me proponía hacer mal.

—Entrad en casa. No quiero gritos en la calle...

Ya en la posada, Holden intentó disculpar su proceder.

—Sois cínico, además de canalla. ¡No es hacer mal querer asaltar el dormitorio de una doncella!—continuó Sir Montague.

Atraído por la violenta discusión, salió de su cuarto, Charles, el hombre elegante, el joven pulcro y distinguido, cuya puntería era mortal.

—¿Qué ocurre, padre?

—¡Este villano, este rebelde miserable, vino aquí... a atentar contra el honor de tu hermana!

—Pero... señor Montague—repuso, desesperado, Holden—, le juro a usted que no lleva ninguna intención punible...

—Sobran las palabras—dijo Charles, con

un gesto desdefioso y frío—. En casos como éste, hablan mejor las bocas de las pistolas.

Apareció Nancy, desolada por lo ocurrido.

—No quise entrar en mi cuarto, papá; precisamente...

—Silencio, hija mía; nosotros hemos acabado nuestra misión... Voy a acompañarte a tu aposento...

Una mirada furtiva de amor se cruzó entre Holden y Nancy... Y mientras la joven, con su padre, regresaba a su habitación, Charles, con imperturbable tranquilidad, invitó a entrar en una salita reservada a Nathan. Iban a batirse... En vano, Holden, protestó. Tener que luchar contra el hermano de la mujer que amaba!

—Basta, señor—le interrumpió Charles con una fría sonrisa—. Los argumentos que hemos de emplear son estos. Se trata del honor de mi hermana.

Y le mostró las pistolas.

• • •

Mientras tanto, el correo Paul Revere esperaba el instante de llevar a Lexington la voz de alarma, anunciando el inmediato avance de las tropas inglesas para apoderarse de los jefes insurrectos y vencer la naciente rebelión. Anunciada por unas luces, colocadas en un campanario, a guisa de señal, la aparición de las primeras tropas del Rey, Paul Revere corrió a Lexington y a los pueblos vecinos a comunicar la aparición de los británicos.

Dos oficiales ingleses, apostados en la carretera para interceptar el paso de cualquier mensajero americano, comprendieron su persecución, pero el correo, montado en su soberbio caballo, logró despistar, valiéndose de ardid, a sus enemigos.

Corría, volaba, era necesario librarse de to-



—Los argumentos que hemos de emplear son estos. Se trata del honor de mi hermana.

das las asechanzas para levantar en armas a la región... Era la suerte de un pueblo, era la libertad, es decir, la vida de sus hijos, lo que cabalgaba aquella noche a lomos del brío de Paul Revere.

El correo llamaba casa por casa, excitando a las gentes con voces patrióticas;

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Los ingleses llegan!

Pobres y ricos acudían al llamamiento de Revere.

—¡A las armas, americanos! ¡Por nuestra independencia!

Y aquel grito despertaba a hombres y mu-



Era la suerte de un pueblo, era la libertad, lo que cabalgaba aquella noche, a lomos del bridón de Paul Revere.

jeres, viejos y niños que, con unción patriótica, iban a engrosar las filas de la rebelción. Dejaban sus hogares para coger un fusil, un hacha, una espada vieja, cuanto tenían a su alcance, para oponerse al invasor. ¡Era la libertad... o la esclavitud... la vida... o la muerte... la opresión... o la independencia!

—¡Por América!... Adelante...

Y los cantos patrióticos sonaban en la noche como una voz majestuosa e inmortal...

Revere llegó ante la posada Buckman, pronunciando allí sus terribles gritos de guerra:

—¡Los ingleses llegan!... ¡A las armas!

Los milicianos corrían a ocupar su puesto de honor... Aquellos gritos pararon la actitud de desafío en que estaban Charles Montague y Nathan Holden que, apuntándose con las pistolas, preparábanse a disparar:

—¡Uno...!—dijo Charles, con voz serena...

Pero llegó hasta ellos, el eco de la calle, el rugido del débil, del pueblo oprimido lanzándose contra la brutalidad de la fuerza... Quedaron vacilantes... temblorosos... ¡Iban a seguir! Pero se trataba de la patria, y el llamamiento de la voz del deber suspendió el duelo. ¡Primero era el país!

Holden debía incorporarse a la milicia... Excusóse ante Charles y éste, con aire melancólico, le dejó partir, sin pretender que continuara el desafío... ¡Era el ideal que marchaba!

Hancock y Adams fueron avisados de la proximidad del enemigo y buscaron nuevo refugio donde poder ocultarse. La noche fué de terrible y constante agitación. Amanecía... y desde su ventana, Montague y sus hijos, contemplaron el movimiento de las tropas.

Sabían por Charles que no se había efectuado el duelo, y aunque Montague lamentó que no hubiera recibido Nathan el merecido castigo, Nancy bendijo la oportunidad.

Montague sentíase herido en su furor pa-

trófico viendo los preparativos de los rebeldes.

—¿Cómo van esos mentecatos sin disciplina, casi sin armas, a hacer frente a los soldados del Rey? ¡Qué locura!

Sentía la impetuosidad del ideal y hubiera deseado combatir a los rebeldes. Nancy, contemplando la escena, lamentaba con su fino espíritu de mujer, aquel sacrificio inútil. Y Charles, sonriente, no quitaba los ojos de aquella porción de bravos que habían jurado morir en defensa de su libertad.

Al amanecer de un día que había de registrarse con sangre en el libro de la historia, un centenar de americanos se disponía a cerrar el paso a un batallón de soldados ingleses. Hijo de la libertad, Nathan Halden tenía que desoír las prohibiciones de Nancy. Formaba entre los hijos del pueblo, como un valiente más.

Las tropas inglesas, uniformadas y brillantes, se presentaron ante Lexington a combatir a los rebeldes. Con profunda ansiedad, desde la ventana, los Montague esperaban el desarrollo de la lucha. Mandaba las tropas británicas el mayor Pitcairn, y el capitán de los milicianos era el valiente Jonás Parker.

El pobre zapatero, desde la posada, temblaba como un asogado. ¡El, que había marchado de su tierra! ¡Lo que se preparaba ahora aquí!

Los enemigos estaban frente a frente. Disponíanse los milicianos a morir matando. Pitcairn, adelantándose, gritó a los insurrectos:

—Rendíos sin lucha, rebeldes... ¡Entregad vuestras armas y dispersaos!

La contestación de Parker la grabó la historia en letras de oro:

—Mantened vuestra posición, milicianos... Si ellos quieren pelear, que empiecen aquí... —dijo, dirigiéndose a su puñado de héroes.

Formaban un muro apretado, compacto de carne, que sólo la muerte lograría derribar.

Pero los realistas, tras una descarga de aviso, comenzaron el ataque. La lucha adquirió proporciones de epopeya... Los ingleses avanzaban lentamente, gracias a su inmensa superioridad, pero los milicianos preferían morir antes que retroceder. Parker, manteniéndose en su puesto, fué acuchillado por la soldadesca desenfrenada.

Al oír los primeros tiros, el zapatero recomendó esconderse debajo de una mesa, rogando a Dios que le conservara la vida. Temblaba como la hoja de un árbol. ¿Por qué habría venido aquí?

Los Montague seguían con profunda ansiedad aquella lucha ruda y trágica. El alma sencilla de Nancy sufría por cuantos caían en la batalla. El viejo se alegraba de la victoria de los suyos, Charles, viendo la matanza de que eran víctimas los americanos, hermanos suyos, sintió que en su corazón vibraba una voz nueva y desconocida. ¡Era la raza, era la sangre del mismo país, eran los hermanos que caían por defender la tierra donde él había nacido!

Y evocó la inolvidable escena de la Cámara de Diputados de Virginia, cuando Washing-

tan le conjuré a cumplir siempre con su deber. ¡Su deber!... Su deber estaba allí, en la batalla, pero no con los realistas... no con los opresores... sino con los otros... los que ofrecían el espectáculo de morir en una hecatombe gloriosa... Bajo la trivialidad aparente de su persona, reinaba el espíritu de un guerrero, de un hombre de austeridad liberal. ¡Oh, patria, patria! Y loco de entusiasmo, sin que fuera visto por su padre que continuaba en la ventana, celebrando el triunfo de los ingleses, salió del aposento, dirigiéndose a ocupar un lugar entre los caballeros de América.

Los milicianos retrocedían, después de haber regado la tierra con las rosas de sangre de su corazón... Montague, dándose cuenta de la desaparición de su hijo, sintió profunda inquietud. ¿A dónde habría ido? ¿Se habría unido a los soldados del Rey?

Nancy, al ver retroceder las tropas milicianas, consideró que Holden estaba entre ellas, expuesto a mil peligros. Y en aquel momento de muerte, comprendió que le amaba por encima de todo... Y abandonando la habitación, abrió la puerta de la calle, y cuando pasó Nathan, que había combatido con extraordinario heroísmo, le asió por una mano, al propio tiempo que sus labios trémulos pronunciaron el nombre del guerrero.

—¡Holden!

Se miraron los enamorados. ¡Ay!, el amor es la paz, pero no puede haber amor en tierra de esclavos... Y el joven, sorprendido, escuchó de labios de aquella Nancy que le pare-

cía inasequible, unas palabras que le llenaron de júbilo.

—¡Nathan!... Cualquiera que sea el bando en que luchéis, del Rey o del pueblo, yo... yo os amaré siempre... ¡siempre!

—¡Nancy! ¡Nancy adorada!

Y sus labios que oían a pólvora, recibieron la caricia de la boca primaveral de la mujer. Acaso la declaración de la muchacha podía parecer sorprendente, atrevida, pero le veía en peligro, le veía luchar, combatir, bajo una bandera, y para consolarle, para animarle, le daba lo único que tenía: su corazón.

¡Oh! Nathan hubiera querido permanecer todo el día junto a la inolvidable mujer, pero allá ceres, los ingleses venían a los hijos de Lexington, y él tenía que dirigirse a Concord a comunicar la ruptura de hostilidades a sus amigos y a dar órdenes para que se defendieran. Y con la alegría de ser amado, partió hacia la guerra, arrogante y lleno de juventud, con un corazón que palpitaba de vida; y con heroísmo generoso, lo rendía ante el altar de la patria. ¡Por América y por su amor! ¡Que vinieran los enemigos!

•••

En Concord, la población cercana a Lexington, las gentes ocultaban los pertrechos militares. La llegada de Nathan Holden levantó los espíritus, ya bastante exaltados, de los insurgentes. Explicó lo ocurrido en Lexington y como los ingleses avanzaban ahora sobre Concord.

—Esta mañana tuvimos que huir ante la fuerza del número. ¡Pero nunca más volveremos a huir!...

Y estaban todos dispuestos a cumplirlo. Toda la población quedaba en armas. Horas más tarde, los ingleses, habiendo rebasado Lexington, avanzaban pretendiendo pasar el puente de Concord. Pero los americanos formaban un muro infranqueable.

Les intimaron a que se rindiesen y contestaron con sobriedad espartana:

—¡Atrás! ¡No pasaréis ese puente!

Y los recibieron a tiros. Y el ruido de la descarga se oyó en el mundo.

Con fe de iluminados, de patriotas que defienden la tierra natal, al grito de "¡Por América!" obligaron a retroceder al ejército de Inglaterra. Fue una derrota completa, siendo dispersados a la desbandada.

El joven Montague había luchado igualmente por la causa de la libertad en las filas americanas y defendiendo a América... como Washington.

Sir Henry Montague, viendo el retroceso de las tropas inglesas, arrojadas de Concord, había salido de la posada, temiendo que a su hijo le hubiera ocurrido algo desagradable.

Nathan había vuelto a Lexington para rehacer las milicias dispersas e infringir a los británicos un duro castigo.

Temía Montague que los rebeldes hubieran dado muerte a su hijo. Y preguntó a un grupo de milicianos que se hallaban ante la posada y entre los que se encontraba Nathan:

—¿Dónde está mi hijo? Lo quiero aquí...

en seguida... Rebeldes... ¿qué habéis hecho de él?

Los milicianos le miraban con aire burlón. Montague les insultaba, llenándoles de injurias, llevado de su amor a su hijo y a su Rey.

—¡Rendid las armas, traidores, o pagaréis con vuestras vidas la deslealtad!

Les amenazaba, pero los americanos, formando un círculo alrededor de él, le apuntaban con sus fusiles. Pues, ¿qué se había creído el realista? ¡Cuando en Concord acababan de ser derrotadas las tropas inglesas, ese viejo insensato se atrevía aún a insultarles! ¡Ah!, de buena gana le hubieran fusilado allí mismo a no ser que Nathan Holden que, apuntándole también con su fusil para defenderse de cualquier agresión, procuraba aplacar los ánimos de los suyos.

—Nosotros no sabemos dónde está su hijo, señor Montague.

—Tú, Holden, debes saberlo más que nadie... ¡traidor!

—¿Cómo aguantáis sus insultos, Nathan?—le decían los milicianos.

—¡Manada de rebeldes, entregaos!—seguida gritando Montague en un acceso de furor.

—Este hombre está loco...

Y uno de los americanos, viendo la impudencia de Holden que resistía sin inmutarse los insultos del padre de Nancy, apretó la mano que el joven tenía puesta en el gatillo de su fusil, obligándole a disparar el tiro. La bala fué a incrustarse en el pecho de Montague.

Holden, impresionado por la desgracia que acaso vendría a hacer todavía más difíciles los amores de Nancy con él, recogió a Montague, y con otros milicianos lo llevó a la posada. Nancy, que había oído el disparo fatal, besó a su padre, temiendo una próxima muerte... ¡Cuánto horror!

Contemplaba Holden, tristemente dolorido, la escena, de la que él había sido autor inevitable. ¿Por qué la fatalidad eligió su mano para esta tragedia? ¿La misma bala que hirió a Montague no habría matado el amor en el corazón de su hija?

Nancy había dado una mirada de tristeza a Nathan, lamentando que aquel hombre formara parte del grupo de milicianos que había disparado contra su padre. Pero su emoción fué intensísima, cuando Montague, abriendo los ojos, contempló fijamente el rostro del muchacho y, señalándole, con voz temblorosa exclamó:

—Ese... ese villano disparó contra mí...

—¿Vos? —dijo Nancy, apartándose instintivamente del asesino de su padre.

—Yo no fui... ¡Yo no!... Fué el destino—respondió tristemente el joven, viendo que ante él se abría, infranqueable, el abismo de la fatalidad.

—Salid de aquí...

—Nancy... Os juro que yo...

—¡Oh, Dios mío! Marchaos... ¿Qué esperáis de mí después de haber matado a mi padre? ¡Salid!

Y Holden, deseando morir, abandonó la habitación en la que el viejo Montague luchaba

con la muerte. Nancy, al verse sola, rompió a llorar, con una desesperación cruel...



Después de la batalla de Concord, Charles Montague se separó de sus camaradas para volver al lado de los suyos, encontrando a su padre, gravemente herido, sin conocimiento.

—Han sido los rebeldes — gimió Nancy, abrazándose a él.

Charles inclinó tristemente la cabeza. En su joven corazón reñían sorda lucha el amor del hijo y el deber del patriota. Cuando Nancy supo que su hermano había luchado por los insurrectos, tuvo una nueva pena.

—Nuestro padre moriría de pesar si supiera que peleas al lado de los americanos.

Pero en el corazón del joven triunfaba, por encima de todo, la voz de la patria inmortal.

—Sigo el noble consejo del coronel Washington—respondió—. Mi conciencia me ha dicho que eso es mi deber.

Y como el clarín de guerra llamase de nuevo a la milicia al combate, con el alma destrozada, pero llena de la firme inquebrantable del patriota, se despidió de los suyos y marchó al reduto donde se atrincheraban los milicianos para resistir el nuevo ataque de las tropas inglesas, convenientemente reforzadas.

La derrota de Concord molestó al general Gage, que se encontraba en Boston, y ordenó

fueran enviadas tropas de refuerzo para vencer la resistencia enemiga. Butler rugía de indignación ante el fracaso de los suyos. ¡Pero a él le reservaban para aniquilar en momento oportuno a los rebeldes!

En el reduto de la milicia americana se habían reunido todos los hombres aptos para las armas.

—Hay que ahorrar municiones—les decía el jefe—. No disparéis hasta que las veáis el blanco de los ojos.

Cuando los ingleses, agazapados a su vez, estuvieron cerca del reduto, la orden de ¡Fuego! diezmó sus filas. Tuvieron que retroceder, pero, con tropas de refresco, volvieron imperturbables al combate.

El joven Montague tuvo en ese día una gloriosa y trágica jornada por la causa de la libertad. En el reduto, arrastrando por el suelo un barril de pólvora para hacer volar una trinchera enemiga, un proyectil vino a herirle en el vientre. Su sufrimiento fué intensísimo, brutal. Con las manos en la herida, se retorcía, sintiendo arder en su cuerpo el plomo derretido de la bala.

Helden, que se hallaba igualmente en el reduto, admiró el heroico sacrificio del hermano de Nancy, y viéndole sufrir, le asistió, llevándolo a la taberna del *Dragón Verde*, convertida en hospital de sangre de los milicianos.

En el reduto habían rechazado por dos veces el avance de los ingleses, pero en el tercer asalto, en un furioso ataque a la bayoneta, los heroicos milicianos, después de haber

dejado la tierra empapada en sangre, vieron-se obligados a abandonar la posición.

Replegados, sí... pero no vencidos. ¡Aun no habían muerto todos!

Y entretanto, todo el país se alzaba en armas. Y en el Congreso Continental de Filadelfia, Washington era nombrado, por aclamación, generalísimo de las tropas americanas. Lexington había dado el ejemplo, y todos los Estados de Norteamérica se aprestaban a sacudirse el poderío británico.

En Lexington, en la célebre posada Buckman, el zapatero de Sir Asley Montague, que había pasado horas de terror, disponíase a regresar a su tierra.

—Las gentes andan demasiado agitadas por aquí—decía—. Yo me vuelvo al Norte de Nueva York.

Si todos los hombres hubieran sido como ese Sancha, la epopeya de la independencia americana estaría aún por escribir...

En su habitación, el viejo Montague, gravemente herido, había escuchado de labios de Nancy una piadosa mentira. Su hijo luchaba bajo los pliegues de la bandera británica, con los ejércitos del Rey... Esta noticia llenó de alegría su corazón.

—Si he de morir, tendré en mi última hora el consuelo de que mi hijo esté luchando por nuestro Rey.

El viejo quiso que su hija le leyera cartas de Charles, escritas durante sus años de escolar, ingenuas y encantadoras. ¡Y aquel niño era ahora soldado del Rey!

Luego se durmió dulcemente... Y Nancy

bajó al comedor de la posada para leer una carta que acababan de traer para ella. Era de Holden. Y le comunicaba que Charles estaba herido... ¡y la llamaba!

La joven, enloquecida de desesperación ante la nueva desgracia, dirigióse a la taberna del *Dragón Verde*, llena de heridos y moribundos que gemían con el dolor de sus cuerpos destrozados. En aquel albergue de piedad, vivió Nancy una escena inenarrable, cuyo recuerdo la acompañó siempre, como grabado en su alma por el buril de fuego del dolor. Holden respetó, con su silencio, la tristeza de la joven y partió hacia su puesto de patriota.

Su hermano, su Charles querido, estaba muriéndose... El joven agonizaba, en su rostro tenía grabadas las huellas de un sufrimiento atroz.

—Charles... hermano mío...

Acariciaba su cabello, su fina piel, sus manos pálidas...

Quiso mostrarse fuerte, aguantar sus lágrimas... pero no pudo... Era mujer.

—Adiós, hermana mía... — sollozó el herido — Llévame a nuestro padre mi último beso...

—Charles... tú no morirás... tú no puedes morir... no...

—Adiós... Nancy...

Murió. Y le parecía a Nancy que todo a su alrededor era negro como una noche eterna, con estrellas rojas como corazones palpitantes...

Regresó desolada, vencida... Eran demasiadas emociones para su cuerpo débil de mujercita. ¡Cómo decir a su padre que Charles

había muerto bajo los pliegues de la bandera americana! Y siguió la piadosa mentira: "¡Charles había derramado su sangre por el Rey!"

El viejo, imposibilitado de levantarse de la cama para dar el último adiós a su hijo, quiso verlo por postrera vez. Y entonces, la ternura filial, sugirió a Nancy la idea de una pequeña farsa piadosa. Fue unas horas más tarde... Montague dormía... Nancy había rogado a los milicianos entrasen en la habitación del viejo, el cadáver de Charles. La dejaron sola con él... Extendido sobre una camilla, reposaba el cuerpo del muchacho. ¡Qué abandonada se vió en aquel instante, la dulce criatura! ¡Su hermano, muerto; su padre, viejo y herido! ¡Nathan Holden, el hombre que ella amaba, luchando bajo una bandera que no era la de Nancy!

Todo lo tenía preparado. Sacando de un baúl una bandera inglesa, la colocó sobre Charles, como si bajo su pabellón hubiera dado, el hijo de Montague, la vida. El viejo, sumamente débil, levantó los ojos y vió cerca de él el cadáver del joven. Nancy le explicó:

—Murió como un patriota, padre mío. Dios le dará la gloria reservada a los héroes.

—Hijo mío... — gimió el padre desde su lecho de dolor, contemplando la rígida figura de Charles — Ya no eres nuestro. Pero has hecho honor a tu apellido... Caíste por el Rey... No volveremos a verte...

El dolor le sumió en una laxitud tan profunda, que perdió de nuevo la noción de las cosas... y se desvaneció.

Como los milicianos llamaron a la puerta para llevarse el cuerpo de Charles, Nancy retiró rápidamente la bandera inglesa.

Y ella vió cómo desaparecía para siempre aquel Charles amado que dió su vida por la libertad.



Merced a estos gloriosos sacrificios de los hijos de América, se hizo posible el trascendental suceso del 4 de julio de 1775. La firma de la independencia americana.

Pero fué en la frontera del Norte, donde las fuerzas del Rey hicieron un gigantesco esfuerzo para partir América en dos y unir Nueva York con el Canadá, combiniando a los realistas con los indios para destruir las grandes trigueras y someter por el hambre al ejército de Washington.

El fuerte de la Esperanza, llamado más comúnmente el del Sacrificio, era el lugar donde se había refugiado la milicia de la región para lograr también la independencia. Las matanzas allí ocurridas fueron episodios semejantes a tantos otros que ensangrentaron el país, desde Canadá al Golfo, y en los que salió, del sacrificio de millares de vidas, la vida de América.

Montague, muy mejorado de sus heridas, había podido ser llevado, bajo el amparo de una bandera de salvamento, a la casa de su hermano, en el Norte de Nueva York,

El extenso dominio de Sir Asley Montague era usado como lugar de cita de realistas e indios. Las fuerzas del capitán Walter Butler rondaban por la comarca.

Como Sir Asley era uno de los más fieles realistas, el capitán Butler fué a visitarle. Este capitán era el azote de las comarcas del Norte. No respetaba sexo ni edad. En una sola incursión, sus huestes arrasaron 12,000 casas de campo, empujando sus tierras en sangre.

Le acompañaba el capitán Hare, un renegado que rivalizaba con Butler en crueldad. Nancy recibió con una sonrisa extraña a esos hombres que venían ensombrecidos por la mala pasión de la guerra. Profunda alegría se apoderó de Butler al ver a Nancy, a la que no había podido olvidar.

—La única razón de mi presencia aquí, es el deseo de veros, Miss Nancy.

Ella no le respondió. Su corazón, toda su alma eran para otro hombre. ¡Ay! ¿Por qué la fatalidad quiso que fuera Nathan quien hiriera a su padre?

El capitán Hare, hombre brutal, al contemplar el rostro de la linda Nancy, se enamoró también de ella e hizo a su propio corazón un juramento terrible.

Aquellos hombres de guerra, embrutecidos por los actos vandálicos de conquista, querían mostrarse atentos con aquella mujercita encantadora. Acaso, entre esa turba de guerreros, era Joseph Brant, jefe de los indios de Mohawk, la única persona de sentimientos dignos; hombre educado, en otro tiempo recibido en la Corte. Sin embargo, cuando vol-

vió para tomar parte en la guerra, demostró que era un terrible enemigo.

Pareció mirar a Nancy con ojos de protección. Y como viera resplandecer en la mirada de los dos capitanes cierta inquietud maligna, habló a uno de sus compañeros:

—Di a todos los miembros de la tribu que



—La única razón de mi presencia aquí, es el deseo de veros, Miss Nancy.

a Miss Montague no se lo ha de causar la más leve molestia... ¡Tiene la protección de Joseph Brant!

El capitán Butler, arrogante y fastuoso, se había acercado a Montague, pidiendo la mano de Nancy.

—No hay otro hombre a quien pudiera con-

ceder con más placer que a vos, la mano de mi hija, capitán Butler—respondió el viejo, satisfecho de comparentar con la renombrada figura.

Pero Nancy callaba tristemente, pensando en su único y lejano amor...

El bucnazo del zapatero había vuelto a casa de Mr. Asley. ¡Pero demonio! ¡Apenas llegaba y ya veía preparativos de guerra! ¿Es que no había en el mundo un rincón de paz?

Entretanto, toda aquella región del Norte de Nueva York era una llama de fuego, aunque nevaba en su exterior... La guerra, desde Boston y Lexington, había prendido en la comarca donde Sir Asley tenía sus propiedades. En el valle Forgey, el invierno era crudísimo, y el frío glacial, más traidor y cruel que los proyectiles, daba un alto valor al sacrificio de los hombres. Seguían defendiéndose como un postrer baluarte contra las tropas de Inglaterra. Reinaba la más honda miseria. Algunos hombres estaban casi desnudos, y los más de ellos no se atrevían a salir de las tinieblas para buscar leña con que reanimar sus miembros ateridos.

En medio de privaciones y torturas constantes, Nathan seguía pensando en Nancy. Nada podía apagar la llama de su amor.

Cuando Washington tuvo noticias de los bárbaros actos de Butler en el Norte, estalló en una de sus raras pero terribles cóleras. El general Morgan, jefe de los tiradores de Morgan, unidad favorita de Washington, indicó la conveniencia de que Holden fuera a librar de Butler a la región del Norte. Holden, des-

de el trágico día en que involuntariamente hirió a Montagne, había continuado luchando como un héroe por la independencia americana, y ascendido por sus méritos a capitán, sobre su pecho lefase la divisa de los célebres tiradores de Morgan: Libertad o Muerte.



Sobre el pecho de Holden, lefase la divisa de los célebres tiradores de Morgan: Libertad o Muerte... Neil Hamilton.

—Hay que liberrar a las ciudades de la frontera, es cierto. Lamento no poder impedir que se expongan más vidas—dijo Wáshing-

ton con la tristeza de los candillos obligados a sacrificar a sus tropas.

Y Holden fué el encargado de combatir las hazañas vandálicas de Butler. Y unos días después, los hombres de Morgan, orgullo de Virginia, provistos de vestidos y de caballos, patrullaban por el Norte bajo el mando del capitán Holden.

En casa de Sir Asley, el famoso zapatero era interrogado por aquél:

—¿De modo que habéis vuelto?

—No faltaba más... ¿No iba a volver, si allí sólo hay luchas y tiros por todas partes? Vengo para estar más tranquila... pero, francamente, veo esto un poco alborotado...

Butler y sus hombres habían abandonado la posesión de Sir Asley, prometiendo volver en breve.

Nathan, al pasar ante la casa de Sir Montagne, en persecución de los ingleses, sintió el anhelo de ver a la imagen de su credo de amor. Nancy salió a su encuentro... y recordaron su antiguo amor. Pero ¡ay! ¡aquel hombre no había herido a su padre! Mas entonces supo que un tribunal descubrió al responsable de aquel suceso y que Nathan fué declarado inocente. ¡Qué gran alegría!

—A través de muchos mortales días de frío, de hambre y de dolor, no pasó uno solo sin que volase a vos mi pensamiento... Ahora quisiera ver a vuestro padre para pedirle perdón.

—Ya sabéis qué tenaz indignación anima a mi padre contra los rebeldes...

—A pesar de ello, os ruego...

La chiquilla le llevó a la presencia de Sir

Henry Montague. Holden, humildemente, hizo protestas de inocencia y añadió:

— Yo os aconsejo, Mr. Montague, que no sigáis en esta casa. Los indios y los soldados de ese sanguinario Butler son traidores hasta con sus propios amigos...

Pero el viejo, que seguía odiando a los rebeldes, señalando la puerta, contestó:

— Basta, señor. Podéis marcharos.

— Sir Montague... es que yo quisiera advertiros...

— Ni una palabra más... Tened la bondad...

Desalentado, Holden suspiró. ¡Aquel hombre era implacable! Le había dado las pruebas de que él no le había herido... Y seguía odiándolo. Nancy lo acompañó hasta la puerta.

— Y a pesar de todo, Miss Nancy, mi destino es amaros hasta que muera.

— Y yo también os amo, Nathan— respondió ella con tristeza, sintiendo por aquel guerrero todas sus ilusiones de virgen.

Holden montó a caballo... y partió hacia la guerra... ¡quizás hacia la muerte!



Un año más tarde, mientras las fuerzas de Holden estaban en la frontera de Pensilvania, Butler, terror y azote de las comarcas, hacía una correría por las proximidades del dominio de Sir Asley Montague.

Butler y Hare rivalizaban en salvajismo. Hare adoptaba la práctica seguida aquellos días por muchos blancos, que se pintaban como indios para encubrir su monstruosa crueldad.

Hasta la casa de Sir Asley llegaba el eco de las vejaciones de que eran víctimas las gentes de los contornos.

Esas violencias sin freno a que a diario se entregaban Butler y sus hombres en la lucha contra los americanos, iban haciendo vacilar la fe de los Montague en su propia causa.

Ellos mismos debían ser víctimas de tales vandalismos en la persona de Sir Asley Montague. Las hordas de Hare penetraron en las caballerizas de la casa, saqueándolo todo, y cuando Sir Asley fué a protestar de aquel inicu despojo, le acorralaron bajo una lluvia de proyectiles. Luego siguieron sus hazañas por las tierras vecinas, en un doble y vandálico festín de sangre y brutalidad.

Ante el cadáver de su hermano, Henry Montague sintió que su fe comenzaba a debilitarse. ¡Ah! ¡él no era un bandido, un facineroso! La piedad de Nancy dió albergue a los infelices sin hogar por las irrupciones de Butler, a los niños que hizo huérfanos la feroz siega de la guerra.

Era una madre para todos, y el viejo Montague se preguntaba, a veces, si valía la pena de que su hijo hubiera muerto por la causa realista. ¡Ay! sus ídolos se estaban convirtiendo en polvo...

Llegó, escrita por una mano amiga, una carta a Nancy, refiriendo los asolamientos llevados a cabo por los ingleses en su amada Virginia. Esta carta la llenó de indignación. Virginia era su infancia, su vida, sus primeros años de juventud, sus recuerdos... ¡Y todo estaba aniquilado!

Montague, en un rincón, parecía sumido en hondas meditaciones. Una vieja sirvienta bordaba una bandera americana, bandera que el antiguo realista ya no miraba con tanta indignación...

Estoy acabando esta bandera para los soldados del cercano fuerte de la Esperanza—explicó la criada a Nancy.

Y entonces la muchacha, cogiendo la preciada enseña, se acercó a su padre y le confesó:

—Ya que estáis bastante fuerte, padre mío... puedo deciros la verdad...

Los ojos de Montague la miraron con asombro.

—Mi hermano no luchó por la bandera que yo extendí sobre su cadáver...

—Pues entonces...

Ved la bandera por la que él murió—dijo mostrándole la gloriosa insignia.

—¿Es verdad esto, hija mía?—contestó lleno de emoción.

—Sí, padre, ésta fué su bandera y ahora... ¡también es la mía!—dijo abrazándola contra su corazón. Muchas cosas la obligaban a amarla: su hermano muerto, Nathan, la crueldad de los otros... ¡todo!

Y el viejo inclinó la cabeza... pensando en su hijo... y en sus amores realistas que se extinguían, incendiados por las fogatas de una represión sin igual...

Entretanto, en el cuartel general americano del Norte, producían seria alarma las confidencias de que Butler preparaba un ataque al Valle.

—Según informes de un espía, Butler ce-

lebrará un consejo de guerra en la casa de Sir Asley, para planear el asalto.

—Hay que librar de una nueva destrucción ese Valle, que es el granero de Washington y de sus tropas.

—Dada la limitación de nuestras fuerzas, precisa conocer el punto exacto que Butler elegirá para su ataque, si no queremos que toda nuestra región sea arrasada.

Convinieron en que el Mayor Strong y el capitán Nathan Holden marcharan al dominio de Sir Asley para hacer investigaciones secretas. Holden ardía en deseos de castigar al osado criminal que venía persiguiendo hacía bastantes meses.

El capitán Butler, que obraba como si estuviera en país conquistado, penetró violentamente en casa de Sir Asley para celebrar consejo con sus partidarios. El era un hombre cuya indiscutible autoridad no reconocía objeciones.

A las tres, Joseph Brant—le dijo al jefe indio—, traeréis a vuestros Mohawks aquí. Quiero vencer la resistencia del fuerte de la Esperanza...

—A las tres vendrán, Walter Butler...—contestó el indio con dignidad.

—Si os parece bien, y aunque no os lo parezca... Os advierto...

Estaban discutiendo, cuando entró en la habitación Sir Henry Montague, enterado de que Butler había invadido la casa. Le acompañaba su hija Nancy. El capitán fué a su encuentro con una sonrisa orgullosa.

—¿Vos aquí? ¡Marchaos!—dijo con enérgi-

ca entonación el viejo—. ¡Un hombre de vuestros instintos no puede permanecer aquí!

¿Pero vos creéis todas esas crueldades que se me atribuyen? ¿Son invenciones de lenguas ociosas!

—Walter Butler, el de las feroces matanzas, no puede ser ya bien acogido aquí.

Y rugiendo de indignación, quiso lanzarse contra Butler, pero éste, apartándose, ordenó a sus tropas:

—¡Prended a este hombre! ¡Se ha vuelto traidor!

Y cayeron sobre el noble Montague, arrastrándolo hacia su habitación, donde quedó encerrado con un centinela indio a la puerta.

Nancy apartóse sobresaltada, buscando refugio en el regazo de la vieja sirvienta fiel. Butler la siguió con la mirada, sonriente. ¡Buen boqueo! Lo guardaría para después...

A poco se celebraba consejo de guerra presidido por Butler y al que asistía el feroz capitán Hare.

Butler daba órdenes a sus subordinados.

—Vos iréis a reunirlos al mayor Ross en Thomson Hall y contendréis a los americanos hasta que sea destruido el fuerte del Sacrificio. La toma y demolición del fuerte del Sacrificio será misión vuestra, capitán Hare.

Los ojos del rufián brillaron. ¡Allí habría mujeres! ¡Tembló!

Butler exclamó, llevado de su odio satánico:

—¡Mueran... muera toda esa manada de lobos americanos, hombres, mujeres y niños! ¡Los lobos pequeños se hacen fieras cuando crecen... y no debe crecer ninguno!

Sigilosamente habían entrado en la casa Nathan Holden y el mayor Strong que, detrás de una puerta, escuchaban el plan enemigo. Iban a marchar para estorbar los propósitos de Butler, cuando el rumor de sus pasos llamó la atención del guardián indio que se hallaba de centinela ante la habitación de Montague.

Los americanos se escondieron.

El indio descorrió una cortina y al ver a dos hombres agazapados, clavó su puñal en el cuerpo de Strong, pero Nathan, rápido y decidido, lanzóse a su vez sobre el piel roja, matándole.

El Mayor Strong, caído en el suelo, pudo balbucear:

—Avisad al Valle... que estén prevenidos.

Levantóse Holden y siguió por los pasillos hasta llegar cerca del comedor, donde Butler y los suyos iniciaban una espléndida fiesta. Nancy, que acababa de dejar a la vieja sirvienta, topóse con él. No había tiempo que perder. Se trataba de llevar refuerzos al fuerte del Sacrificio que iba a ser atacado por los americanos. ¡Oh! ¡Cuándo lograrían ellos ver su triunfo de amor!

¡No podéis salir! ¡Tienen cercada la casa!... ¡Esperad hasta que ellos se marchen!

—No puedo... He de marchar...

En el comedor reinaba la más desenfadada alegría... El pobrecito zapatero y un viejo erizado de Sir Asley veíanse obligados a servir a aquellos enemigos. Algunas mujercuelas adúlteras sazonaban la fiesta con la

flor marchita de sus labios corrompidos. El ambiente olía a vino fuerte. Los vapores del alcohol hicieron sentir a Butler el deseo inmediato de la mujer, y acordándose de Nancy, ordenó que la trajeran a su presencia.

Varios soldados salieron en busca de la joven. Nancy, que se hallaba hablando con Nathan, al notar la presencia de los enemigos, temiendo por la vida de su amado, escondió a éste en una habitación cercana y le dijo:

—¡Aguardad ahí dentro hasta que yo vuelva!

Nancy, horrorizada, fué conducida al comedor, donde triunfaba en toda su corrupeión la hacanal Butler sonreía... También Hare, que se había transformado en salvaje, miró con ojos lascivos a la joven, mientras algunas barraganas le aturdiman con sus caricias.

Pero Nancy no perdió la serenidad. Viendo aquel cuadro infernal, dijo con suprema dignidad:

—Supongo, capitán Butler, que no pensaréis retenerme aquí, entre toda esta terrible gente.

—¿No estabais prometida a mí por vuestro padre?—dijo Butler, pretendiendo abrazarla.

—Dejadme... No me toquéis... Me daís asco... ¡Oh, buen Dios, salvad a vuestra sierva!

—No llaméis a Dios, que no os escuchará. Dios es ciego y sordo para con los hijos de los traidores... Estáis a merced mía.

—¡Apartaos... cruel!

El capitán, poseído de furor, quiso besarla. El zapatero y el viejo eriado acudieron en auxilio de la joven, pero los soldados les ob-

sequiaron con una descomunal paliza. ¡El pobre zapatero pensaba que era mejor morirse que seguir viviendo siempre en guerra!

Holden había salido de su encierro y desde el pasillo contemplaba la escena brutal de que era víctima su Nancy. ¡Oh! iba a lanzarse con ellos, ciento contra uno, no importaba. Se trataba de Nancy, de Nancy, su vida, su único amor... Strong, herido gravemente, llegó, arrastrándose, junto a él.

—¡Pero todavía no habéis marchado!—le dijo—. De vos depende la vida de millares de mujeres y niños... Todos morirán, si no llegáis a tiempo...

Los dos términos de su conflicto eran, para Nathan, igualmente aterradores: o el sacrificio de su país o el de su único amor. ¿Cómo dejar expuesta a los instintos de Butler aquella Nancy divina? ¡Y si se quedaba no llegarían los refuerzos al fuerte!

—Strong, no puedo marcharme. He de salvar a Nancy... Aquí está mi deber... mi deber...

—¡Deber sólo tenéis uno!... las órdenes de Washington... ¡América!—dijo Strong con voz agonizante.

Y como si aquellos nombres fueran el conjuro de algo que estaba por encima del amor, Nathan, sacrificando el grito de su corazón, el impulso bravo y natural de defender a la amada, con el rostro desgarrado por la pena más honda, saltó por una ventana, dirigiéndose a su campamento. ¡Había vencido otra vez la patria!

Y Strong, con la sonrisa del hombre que ve

relucir en su agonía la libertad y la derrota de sus adversarios, instantes después, murió.

Seguía en el comedor el desbordamiento de todas las malas pasiones... Dentro de poco irían a la guerra... quizás para muchos aquellas horas eran las últimas de su vida... Y las aprovechaban, apurando el vino, el amor, cuanto la vida les brindaba en su postrer momento... Nancy seguía resistiéndose. Era indomable. En aquel cuerpo débil de mujer el honor escarnecido le daba fuerzas gigantescas.

—¡Basta ya... vas a ser mía... mía!

Y alzándola como una pluma, Butler salió del comedor, para llevarla a una de las habitaciones superiores. Nancy se había desmayado. ¡Ya era humanamente imposible luchar más!... Pero mientras subía la escalera con su preciosa carga en brazos, el jefe indio Joseph Brant, que acababa de entrar con sus guerreros, le llamó:

—Capitán Butler... ha llegado el momento de salir al campo.

—Esperad una hora... Tengo que acabar cierto asunto—dijo contemplando a Nancy, inmóvil y desgarrada.

Mis Mohawks no esperan, capitán Butler—respondió el indio dando una mirada de compasión a Nancy—. ¡Ahora o nunca!

También un dilema paralizaba al capitán. ¿Qué hacer? ¡Aquella mujer era tan hermosa!... Pero se trataba de saciar su odio sobre los americanos, aniquilar el fuerte, derrotarles, quitarles cuanto tenían... Y el odio pudo más que la pasión.

Dejando a Nancy, contestó:

—Os acompaño. Marchemos...

Y salieron todos... Los sirvientes y el zapatero acudieron en auxilio de la joven que poco a poco retornó en sí. Fueron a libertar a su padre, encerrado en la habitación. El viejo temblaba. Al ver a su hija sana y libre, sufrió una gran emoción... Acordaron dirigirse inmediatamente al Fuerte del Sacrificio, temiendo que retornara Butler.

Subieron a un coche en dirección al Fuerte. Todo el pueblo se congregaba en él, sabedor de que Butler iba a arrasarlo todo... y no dejaría piedra sobre piedra...

• • •

Butler se proponía arrasar el país por el fuego y triunfar donde Burgoyne fuera derrotado. El ejército asaltante estaba constituido por núcleos heterogéneos: realistas americanos, indios de diferentes tribus y regulares británicos. Las fuerzas de Butler se dividieron para el ataque. Mientras Butler se dirigía a las comarcas vecinas, Hare tenía el encargo de apoderarse del fuerte.

La presencia de las tropas enemigas constituyó un éxodo para todos los habitantes de la región. Hombres, mujeres y niños entraban en el fuerte, su último refugio.

El capitán Hare, brutal e indigno, había vuelto poco después a la casa de Sir Asley, creyendo encontrar a Nancy, pero al conocer la noticia de que los Montague huyeron al

fuerte, sufrió un terrible desbordamiento de cólera.

Una hora después comenzó el ataque al fuerte del Sacrificio, donde se habían reunido todas las gentes de los contornos. Entre ellos, se hallaban Montague y su hija. El viejo parecía atontado. ¡Tener él, antiguo realista, que refugiarse contra las brutalidades de los suyos!

El ataque era intensísimo. Los enemigos eran superiores en número, pero no tenían el espíritu de los defensores del Fuerte. Todos rivalizaban en patriotismo generoso. Los hombres, por las rendijas de la valla que rodeaba la posición, disparaban sus fusiles, que eran previamente cargados por matronas de glorioso empuje. Algunos chiquillos lloraban entre el estrépito de la fusilería y los ayes de los heridos que morían sin asistencia. ¡Todo por la patria! ¡La resistencia adquiría caracteres de epopeya gloriosa! ¡Un viejo veterano, con un valor juvenil, alentaba a los suyos con arengas patrióticas!

Nancy y su padre contemplaban maravillados la indomable resistencia. Y la muchacha, acordándose de que al salir de su casa había recogido la bandera americana, la entregó al viejo entusiasta con un ademán heroico. Y el viejo la izó en lo alto, entre la ovación desbordante de los héroes que enronquecían aclamando su pabellón, el santo emblema de la patria. Los muertos formaban legión. Cufan mo, diez... veinte. ¡No importa! Sobre ellos estaban la patria y las notas roncadas de un himno bélico de vida y libertad...

Y en valeroso avance, las tropas americanas, mandadas por Holden, corrían en auxilio de los héroes.

El fuerte del Sacrificio, después de unas horas de resistencia, según justificando su nombre. Pero la lucha no podía durar... Y las flores rojas del heroísmo brotaban como candidas flores de piedad, entre torturas desgarrantes de las almas.

Las empalizadas que vallaban el fuerte, cedieron finalmente al empuje del adversario y la bárbara irrupción escribió páginas de terror con sangre inocente...

Los que defendían la cerca, corrieron a refugiarse en la única casa del fuerte, de reducida capacidad para tantos centenares de personas que querían penetrar en ella. Montague y su hija estaban en la casa. En el alma del viejo morían sus últimos entusiasmos realistas ante la defensa de los americanos... Llegaban hasta allí los gritos de los que pretendían entrar...

Y los indios y la soldadesca embrutecida de Hare cayeron con hambre de fieras sobre los hombres y niños que no habían encontrado sitio en la casa, matándoles y apoderándose de las mujeres como un espléndido botín.

Pero los realistas, mandados por Hare, disponíanse a penetrar en la mansión. El viejo Montague era ya hijo de América. El dolor le hacía patriota... Mientras los enemigos pretendían derribar la puerta, aquella multitud de viejos, mujeres y niños se arrodillaba rezando una plegaria de fe:

— ¡Oh, sublime espíritu de América! ¡Sál-

vanes, ayúdanos ¡amortal Washington, cortésano de la muerte de Princeton, donde supiste cambiar la derrota en victoria!

En la jornada de Princeton, Washington, arrodillado sobre la nieve, rogó a Dios por la victoria de sus armas. Y el poder de Dios hizo nacer el sol glorioso del triunfo...



En la jornada de Princeton, Washington, arrodillado sobre la nieve, rogó a Dios por la victoria de sus armas...

Los realistas lograron romper las puertas de la casa y penetraron en ella con salvaje furia. Fue algo asqueroso, inicuo... Los indios, envoltorios de carne salvaje, cayeron sobre las mujeres blancas, divina piel de raza superior. Montague sentía crecer su odio contra sus antiguos partidarios.

El capitán Hare, alma inmisericorde, rugió de alegría al ver a Nancy. Se disponía a realizar sobre ella su juramento de infamia. ¡Suya! ¡Suya! ¡No hay nada para apagar la sed de la guerra como una mujer!

Pero... ¡aun hay Dios! El capitán Holden, con sus bravos americanos, llegaba al fuerte como una avalancha. ¡Era la vida que avanzaba sobre sus cabalgaduras... la libertad!

Y descendiendo del caballo, penetró Holden con sus soldados en la casa. Hare no le veía... Sólo pensaba en Nancy... Y Nathan, al ver a su amada en brazos de aquel hombre, disparó contra Hare, destruyendo su vida vergonzosa. Los americanos caían sobre los indios y realistas.

Nancy miró con infinito amor a Nathan... que le había salvado. ¡Nathan! ¡Nathan! Y el viejo Montague, acercándose al hombre a quien había humillado en otro tiempo, le tendió la mano, mientras se escapaban de sus ojos las lágrimas.

—Perdonad, Holden. Soy como vos, americano, ¡de nuestra tierra!

—Sir Montague, ¡qué alegría el haber podido salvaros!

Y unos momentos después llegó un correo del ejército de Washington, que comunicó a Holden la rendición del generalísimo británico Charles Cornwallis.

El entusiasmo se desbordó. La sangre derramada no había sido estéril. Todo el país era libre... Los Estados Unidos formaban ya parte del mundo. ¡Y todos se arrodillaron de nuevo con un grito de júbilo y de fe!

Y sobre el fuerte del Sacrificio, empapado por la sangre de los héroes, Holden y Nancy vieron el triunfo de su amor. Y de esta manera Nathan Holden enseñó a Montague que la grandeza de los corazones se alza triunfante sobre los privilegios del nacimiento y de la riqueza.

Cerca de allí, perseguido por otro ejército americano, el capitán Butler, cínico y feroz, tampoco se libró de la muerte. Viéndose acorralado, pretendió huir... Y fueron los indios, sus mismos partidarios los que, cansados de soportar su yugo cruel, le dieron muerte... Cayó bajo las propias armas de los suyos, obligado fin de los déspotas.



Algún tiempo después, en Nueva York, fué proclamado presidente de los Estados Unidos George Washington, el héroe, el amigo de Montague, cuyos dos corazones latían ya al unísono por el amor a la misma patria...

Nathan y Nancy se casaron... Y el padre, que tanto había luchado por no hacer de una Montague una Holden, no sintió pesar por su derrota.

FIN

COLECCION USTED LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los Enemigos de la Mujer. — Una mujer de París. — El Corsario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El Milagro de los Lobos. — ¡París...! — Venganza de mujer

Precio de cada libro:

U N A P E S E T A

Teresa de Ubervilles — Maciste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el boletín. — Rémula. — Junco Murdith. — El Fantasma de la Opera. — El Tromo Vucante. — El Cald. — Madame Sans - Gêne

AMÉRICA

Precio: 50 Cts.

PRÓXIMO NÚMERO

La maravilla cinematográfica

CUANDO LAS MUJERES AMAN

(del CIEC)

Intérpretes: **Ivette Andreyor,**
Nicolás Koline, etc.

En todos los KIOSCOS Y LIBRERIAS encontrará usted

LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA

BIOGRAFIA DE ARTISTAS DE LA PANTALLA
SALE TODOS LOS JUEVES

Si no lo ha comprado usted todavía, no deje
de adquirir, en cualquier quiosco o librería, el
número anterior de Los Grandes Films.

Madame Sans-Gêne

por GLORIA SWANSON y CHARLES de ROCHE

Esmerada presentación

¡Veale usted!

LA REVISTA QUE USTED PREFERIRÁ

? ? ? ?

EDITADA POR
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

